

Discurso del Director General de la Corporación Cultural de la Ilustre Municipalidad de Santiago, Sr. Andrés Rodríguez

La muerte de Ramón Vinay enluta a nuestro país. Enluta a nuestra cultura y a nuestra música. Entristece a la lírica nacional y a la internacional. Representa la pérdida de uno de los grandes cantantes de este siglo. Uno de los mejores cantantes intérpretes que haya conocido la cuerda de tenor y, posteriormente la de barítono, luego que abandonara la primera. Ciertamente, el cantante que más paseó el nombre de Chile por el ya largo y amplio camino de la ópera.

Nacido en esa prodigiosa tierra de Chillán el 31 de agosto de 1912, Vinay comenzó su carrera como barítono luego de haber estudiado en Ciudad de México con José Pierson. En esa misma ciudad debutó como el rey Alfonso XI en la ópera *La favorita* de Gaetano Donizetti en 1931. Por muchos años él cantó papeles de barítono tales como Rigoletto, el Conde de Luna en *El trovador*, y Scarpia de *Tosca*. Luego de nuevos estudios, en 1943 Vinay hizo su debut como tenor, siempre en Ciudad de México, como don José en la ópera *Carmen* de Bizet, al que siguió su primer *Otello* en 1944. En 1945 Vinay hizo su debut en el City Center de Nueva York para luego pasar a cantar regularmente en el Metropolitan Opera House entre los años 1946 y 1961. Nuestro célebre compatriota tuvo el honor de inaugurar la temporada 1947-1948 del Teatro Alla Scala de Milán también como Otello, un papel que repetiría luego por todo el mundo, incluyendo el famoso Festival de Salzburgo y el Covent Garden de Londres. Durante ese mismo año 48 Vinay se presentaría en este Teatro Municipal por primera vez. Fue tanto su dominio y su compenetración con el rol de Otello que incluso Arturo Toscanini lo eligió a él para su célebre grabación de esa famosa ópera verdiana. Entre los años 1952 y 1957, Vinay se consagró en el teatro que Richard Wagner creara para sus grandes óperas: Bayreuth. En ese lugar de culto wagneriano, Ramón Vinay interpretó con gran éxito Tristán, Sigmundo, Tannhäuser y Parsifal. En 1962, el gran cantante-actor abandonaría la cuerda de tenor que tantas glorias le había dado para volver a su registro original, el de barítono. En ese registro se harían también famosas sus interpretaciones de Iago, Falstaff, Scarpia y Telramund de *Lohengrin*, un papel con el que se presentaría nuevamente en Bayreuth.

La facilidad de su emisión, su seguridad, su voz plena, oscura, inmensamente atractiva, hicieron de él un cantante único. Si a dichas características sumamos su genio teatral, sus extraordinarias condiciones histriónicas y su estatura imponente, encontramos ahí la razón del porqué Ramón Vinay haya sido considerado como uno de los cantantes más importantes de este

siglo y, sin lugar a dudas, el más grande intérprete de Otello. Estamos seguros que si Giuseppe Verdi hubiese estado vivo al momento de crear su genial partitura, habría elegido a Vinay para que interpretara al celoso moro el día del estreno de la ópera.

Pero Vinay tuvo también otros rasgos que lo llevaron a triunfar. Como sabemos, a veces una gran voz no basta para hacer carrera. Su inmensa simpatía, su cercanía a la gente, sus ganas de transmitirles a todos esa fuerza vital impresionante que lo movía, su profundo amor por Chile que lo hacía gritar a los cuatro vientos que él era chileno y que había nacido en Chillán, lo hicieron volver incansablemente a nuestro país cada vez que se le requería, aún estando en la cúspide de su carrera. Sus Otellos fueron así vistos en este teatro en los años 48, 50, 51, 52 y 56. Y cuando en el Teatro Municipal ya no quedaban más entradas para verlo personalmente, Vinay no vacilaba en cantar en la calle un trozo de la ópera o alguna canción, a la salida del teatro o en algún paseo público.

Recuerdo con especial emoción en estos momentos la despedida de Ramón Vinay de los escenarios en 1969, cuando, luego de interpretar el papel de Iago en el *Otello* verdiano durante los primeros tres actos de la ópera, se pusiera la característica túnica y asumiera en el acto final, el papel del moro de Venecia.

¡Qué voz impresionante! ¡Qué patetismo en su actuación! ¡Qué fuerza en sus palabras! ¡Qué acentos desgarradores en su despedida de Desdémona! ¡Qué muerte tan trágica la suya propia, la de Otello!

Es triste tener que decirle adiós a Ramón Vinay. Porque con él se termina una generación de artistas cuyas características hoy se encuentran prácticamente extinguidas. Una verdadera voz dramática, una gran personalidad, un inmenso carisma, una profunda devoción a su arte. En suma, una entrega total. ¡Cuántas veces su poderosa e inconfundible voz llenó los rincones de esta querida sala! ¡Cuántas veces el público delirante lo premió con sus aplausos! La maestría de Vinay, su arte incomparable, su nobleza, la atmósfera que creaba con su interpretación y su inmensa inteligencia musical lo hicieron un justo acreedor a esos aplausos y a los merecidos elogios que en vida recibió.

Ramón Vinay lo dio todo de sí. Nos lo entregó todo. Hoy día, al despedirlo, sólo podemos decirle por última vez, gracias. Gracias por haberle dejado al mundo un tan gran ejemplo de lo que una persona y un artista deben hacer en su efímera existencia.

Muchas gracias.